

# La coherencia textual como autorregulación en el proceso comunicativo<sup>1</sup>

*Enrique Bernárdez*

*Universidad Complutense de Madrid*

*El presente estudio propone una visión de la coherencia textual en analogía con los procesos de autorregulación que tienen lugar en los procesos dinámicos abiertos de cualquier ámbito que están siendo objeto de estudio sistemático en años recientes. Se considera la coherencia como un fenómeno dinámico, no como una característica estática de los textos, tendiente a garantizar, en el mayor grado posible, la comprensión por el receptor del texto del mensaje que mueve al productor a construirlo, lo que permite una aproximación adecuada a la doctrina psicolingüística de los procesos de producción y comprensión del texto. Esta visión ofrece, además, la posibilidad de aproximarse a modelos lingüísticos recientes, sobre todo las gramáticas cognitivas, caracterizadas también por la consideración dinámica del lenguaje, así como intentos tan innovadores como los que aplica a la lingüística y la semiótica la Teoría de Catástrofes. Se ofrece una perspectiva general de un enfoque de la coherencia textual y, más en general, de la comunicación lingüística desde estos presupuestos y se apuntan algunos ejemplos y posibles desarrollos ulteriores.*

1.

1.1. La *coherencia* es una propiedad fundamental de los textos, hasta el punto de que podemos definir "texto" como "aquel objeto lingüístico dotado de coherencia". Y, aunque la terminología dista mucho de ser uniforme,

<sup>1</sup> Este artículo se ha beneficiado del contrato de investigación DGICYT PS 91-0026.

podemos decir que, superficialmente, en la sucesión de elementos que componen un texto, la coherencia se refleja en una serie de fenómenos a los que nos referimos con la denominación general de *cohesión*. Es posible analizar sistemáticamente los “procedimientos de cohesión” utilizados en una lengua e incluso aproximarse a sus rasgos universales, interlingüísticos. Libros como *Cohesion in English*, de M.A.K. Halliday y R. Hasan (1977) y, para el español, *Procedimientos de cohesión en el español actual*, de H. Mederos (1988), son ejemplos de esta forma de estudio de la cohesión y, en consecuencia, también de la coherencia textual. El índice del libro de Mederos nos proporciona un catálogo de esos “reflejos superficiales de la coherencia”: anáfora, anáfora mediante proforma, anáfora mediante frase nominal definida, elipsis y conexión.

La cohesión, sin embargo, no es suficiente. De Beaugrande y Dressler (1981) mencionan “siete estándares de textualidad”: cohesión, coherencia, intencionalidad, aceptabilidad, informatividad, situacionalidad, intertextualidad, donde *coherencia* se entiende como “the ways in which the components of the TEXTUAL WORLD, i.e., the configuration of CONCEPTS and RELATIONS which *underlie* the surface text, are *mutually accessible and relevant*” (p. 4). Esto es, la cohesión viene a equivaler a una “sintaxis textual”, mientras que la coherencia se refiere al contenido (más que el significado). Según esto, un texto sería texto (“coherente” en mi uso del término) si está enlazado superficialmente (“cohesionado”) y, además, remite a un “mundo con sentido”. Además, será necesario que cumpla las restantes condiciones, en las que no voy a entrar aquí.

El uso que del término *coherencia* hacen De Beaugrande y Dressler es el más habitual, y la mayor parte de los estudios lingüístico-textuales sigue esa vía. Sin embargo, no es la única posibilidad, y Schade *et al.* (1991) señalan los distintos valores del término en los diferentes enfoques del texto: (a) gramático-textual, equivalente a *cohesión*; (b) semántico-temático: básicamente el representado por De Beaugrande y Dressler; (c) pragmático-funcional, que considera la existencia de relaciones entre elementos del texto, que pueden ser identificadas por productor y receptor directamente o por medio de inferencias; (d) el utilizado en Inteligencia Artificial, próximo al anterior, y que puede ejemplificarse en los trabajos de Mann y Thompson (1988a y 1988b); (e) el empleado en psicolingüística, próximo también al pragmático-funcional, pero que se fija más en los procedimientos y procesos cognitivos realizados por productor y receptor (cf. también Heinemann & Viehweger 1991).

Para evitar problemas terminológicos, aquí consideraré *cohesión* en un doble sentido: *cohesión-s* se refiere a los procedimientos de cohesión superficial, digamos “sintáctica”; *cohesión-σ* será la *coherencia* de Robert de Beaugrande y Wolfgang Dressler o, en general, la “cohesión semántico-

temática”; utilizaré *coherencia*, tal como expuse al principio, en el sentido de la *textualidad* de De Beaugrande y Dressler, coincidiendo básicamente con Belinchón *et al.* (1992: 470): “el discurso se define por una *coherencia* que no depende sólo de la forma y el significado de las oraciones que lo componen”. Es decir, adoptaré un uso de *coherencia* más próximo al de la psicolingüística. Me interesa sobre todo la coherencia manifiesta en el texto mismo aunque sea de forma indirecta (es decir, recuperable mediante inferencias, apelando al conocimiento del mundo, etc.) y no sólo en factores contextuales o de la interacción, y que se entiende en sentido activo, es decir, como algo “obtenible” por el productor y el receptor utilizando procedimientos cognitivos, básicamente *estrategias*. A lo largo de estas páginas quedará más claro, espero, el sentido preciso en que utilizo el término *coherencia*.

1.2. Lo cierto es que un texto puede ser texto, o ser *coherente*, sin ser cohesivo, y que un texto cohesivo puede no ser coherente. E, incluso, una sucesión de elementos lingüísticos puede ser cohesiva-s y cohesiva- $\sigma$  sin ser coherente, esto es, sin que “se considere un texto”. Un texto “aceptable como tal”, aunque en condiciones un tanto particulares, puede además ser incohesivo-s e incohesivo- $\sigma$ . Y todo ello sin necesidad de recurrir en todos los casos a los otros “estándares de textualidad” de De Beaugrande & Dressler. Veamos algunos ejemplos:

(1) Un aeroplano está formado por cuatro partes principales: (a) fuselaje, que incluye la estructura básica que aloja a los tripulantes, la mayor parte de la aviónica y puede alojar uno o más motores, etc.; (b) planos de sustentación, encargados de mantener el avión en el aire y facilitar su maniobra; (c) planta motriz, que puede ser única o múltiple; (d) elementos móviles de control y maniobra. Los planos de sustentación están unidos al fuselaje y suelen incorporar parte de los elementos móviles (timones, alerones, flaps, etc.) mientras el resto suele estar unido al fuselaje.

(2) El coche se detuvo en el semáforo. Tras una breve espera se puso en marcha de nuevo y aceleró hasta sobrepasar la velocidad permitida. La reacción del policía de tráfico fue fulminante: en breves instantes la sirena de la moto anunciaba la inminencia de una fuerte multa.

(3) –Señor Pérez, salga usted a la pizarra y escriba: “Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa”.

El alumno escribe lo que se le dicta.

–Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético.

El alumno, después de meditar, escribe: “Lo que pasa en la calle”.

*Mairena*: –No está mal. (Antonio Machado)

(4) En realidad el procedimiento es relativamente simple. Primero, usted dispone las cosas en grupos diferentes. Claro que una pila puede ser

suficiente, dependiendo de cuánto haya que hacer. Si usted tiene que ir a alguna parte, debido a la falta de medios, éste sería el siguiente paso; en caso contrario, todo está bien dispuesto. Es importante no embrollar las cosas. Es decir, es mejor hacer pocas cosas a la vez que demasiadas. De momento, esto puede parecer poco importante, pero las cosas pueden complicarse fácilmente. Un error también puede costar caro. Al principio, todo el procedimiento parece complicado. Pronto, sin embargo, llegará a ser simplemente otra faceta de la vida. Es difícil prever un fin o necesidad de esta tarea en un futuro inmediato, pero nunca se sabe. Cuando el procedimiento se ha completado, se dispone de nuevo el material en grupos diferentes. Luego, pueden colocarse en sus lugares adecuados. Eventualmente pueden usarse de nuevo, y todo el ciclo completo se repite. Sin embargo, esto es parte de la vida. (Belinchón *et al.*, 1992: 518-519)

(5) La ruidosa y violenta presencia de los clérigos anglicanos en las gradas del Santiago Bernabéu obligó al colegiado melillense a solicitar de la Cámara de Comercio la suspensión de las garantías constitucionales a partir de las once de la noche en días laborables, medida que ha despertado el entusiasmo de los militantes del ala reformadora del PCUS, que obtuvieron la pasada semana un rotundo triunfo en la Copa del Mundo de Aerodelismo en pista cubierta, cuya décima edición se celebró en Bruselas gracias a la gestión de los eurodiputados conservadores, empeñados en la salvaguardia de los derechos tributarios en los países de la Comunidad amenazados por la negativa de los integristas israelíes a formar parte de la comisión gestora de una promoción de viviendas unipersonales en la franja de Gaza. (...) (*El País Semanal*, 1989)

Todos estos son textos reales, aunque (1) y (2) sean inventados. Sin embargo, existen diferencias considerables entre ellos. (1) posee un grado elevado de cohesión-s y cohesión- $\sigma$  y es coherente: su comprensión es sencilla, incluso si no podemos identificar los referentes precisos de los términos utilizados; por ejemplo, si nunca hemos visto un avión. (2) tiene un grado menor de cohesión-s, pero su cohesión- $\sigma$  es alta: el conocimiento del mundo suple la información no presente directamente en el texto; por ejemplo, las relaciones “semáforo rojo-detención, semáforo verde-puesta en marcha-aceleración”, “velocidad excesiva-policía-multa”, “policía-motocicleta-sirena”, etc. (3) tiene un grado elevado de cohesión-s, pero acceder a la cohesión- $\sigma$  es más difícil: no basta con poder identificar los referentes y sus relaciones (“identificar el mundo textual”), sino que hay que reconocer el juego metalingüístico, la tradición del lenguaje poético, etc. Su comprensión es más difícil que la de (1) y (2), y algunos lectores pueden llegar a considerar el texto “una tontería”. (4) es un famoso texto utilizado para experimentos psicolingüísticos. Según se pudo comprobar, la inmensa mayoría de los lectores era incapaz de comprenderlo: no podían acceder a su “mundo textual” hasta que se les proporcionaba éste en el título: “Lavado

de ropa". Este texto es perfectamente cohesivo-s y el nivel de cohesión- $\sigma$  puede considerarse relativamente elevado también. ¿A qué se debe entonces la incapacidad de comprenderlo, de "aceptarlo como un texto con sentido"? Finalmente, (5) es un texto dotado de cohesión-s pero que carece totalmente de cohesión- $\sigma$ . Sin embargo, es un texto real y los lectores de esta antigua sección del suplemento dominical del diario *El País* lo aceptaban como "coherente" dentro de la sección humorística. Tenemos aquí, por tanto, un texto carente de cohesión- $\sigma$  pero "coherente" de alguna manera: es un texto, no una simple sucesión de palabras. Su interpretación global es seguramente imposible, pero algunos elementos son accesibles; por ejemplo, la referencia a noticias aparecidas en el mismo periódico en los últimos días, quizá la remisión al lenguaje incomprensible de algunos políticos. La "intertextualidad" en el sentido de De Beaugrande y Dressler parece aquí suficiente para aceptar este texto, habida cuenta de su ubicación en una sección muy determinada (y con características muy especiales) del periódico. Pero esa intertextualidad no es imprescindible, porque la referencia a su contexto concreto puede bastar para aceptarlo como texto aunque no tengamos acceso a los referentes intertextuales. Podríamos decir que (5) es un ejemplo extremo del "juego de mundos" característico de los chistes (cf. Bernárdez 1983), aprovechado al máximo en el "humor del absurdo", y tiene relación con la aceptación como poesía de textos no poéticos pero presentados como tales (*found poetry*; cf. De Beaugrande 1987).

Parece prácticamente imposible crear un texto totalmente incoherente, esto es, que no sea aceptado por *algún* receptor. En general, la aceptación se hará en virtud del contexto, pero si no existe un contexto del que echar mano, el receptor creará uno que permita dar coherencia a lo que se le ofrece como texto. Naturalmente, ello es consecuencia de una premisa básica de la comunicación, que nos remonta a Grice: el receptor parte del supuesto de que si el productor emite un mensaje lingüístico, éste tendrá sentido, es decir, será coherente. Aunque puede darse el caso de que no consiga acceder al significado del texto, no lo rechazará, considerando sólo que él mismo es incapaz de comprenderlo o, si acaso, que el texto está mal construido (dejando aparte el caso de uso lingüístico en personas con perturbación mental grave que resulta patente o conocida al receptor, pues entonces el texto puede carecer de sentido, ser simple logorrea).

La comunicación lingüística puede entenderse, entonces, provisionalmente, del modo siguiente:

Un productor P desea transmitir a un receptor R un mensaje M dentro de un contexto C; para ello emite elementos lingüísticos: un texto T. El receptor R, por su parte, percibe T y a través de él intenta acceder al mensaje M.

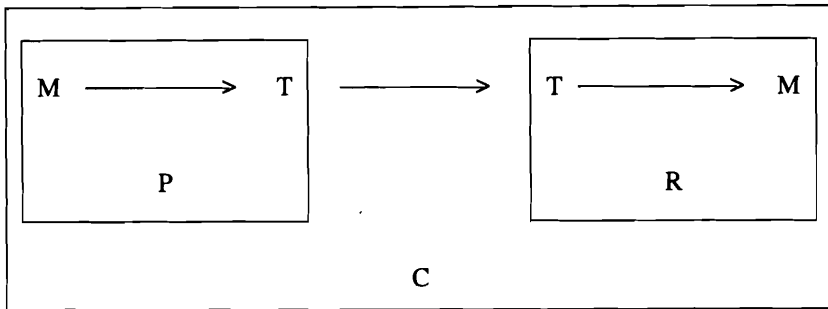
P intentará utilizar todos los medios disponibles para conseguir que R acceda a M; a su vez, R hará lo mismo: partiendo del supuesto de que P intenta comunicar algo (M), R hará lo posible para acceder a M a partir de T. De ahí que podamos decir que la comunicación es una *actividad cooperativa*. Naturalmente, existen casos en que P intenta engañar a R, pero el procedimiento expuesto sigue siendo el más habitual.

Otro rasgo fundamental de la comunicación lingüística es que no existe **nunca** una única forma de transmitir M (un único T), aunque las condiciones contextuales sean “prácticamente” idénticas. Y destaco el adverbio porque es imposible que existan dos situaciones de comunicación, dos contextos, exactamente iguales. El contexto –la situación comunicativa más las peculiaridades de P y R, etc.– es imposible de definir con 100% de precisión: nunca es posible enumerar todos los factores que pueden influir en el contexto, y si éste resulta determinante para la formación de un texto –como es reconocido por todos los estudios pragmáticos, lingüístico-textuales, de análisis de la conversación, etc.– la consecuencia es que nunca podremos llegar a explicar, sino de manera relativamente vaga e imprecisa, la formación de un texto concreto (y su recepción o comprensión). Lo que plantea considerables dificultades de índole epistemológica, como se muestra en Ortega (1992) y Bernárdez (en preparación).

Lo cierto es, pues, que no habrá dos textos iguales porque no hay dos contextos **exactamente iguales**. Una variación (incluso mínima) en el contexto tendrá como consecuencia textos (superficiales) muy diferentes. Es un fenómeno conocido en las ciencias actuales como *sensibilidad a las condiciones iniciales*, y plantea un claro problema: **cómo puede estar P seguro de que su texto garantiza, en la medida de lo posible, que R comprenderá M a partir de T.**

1.3. Desde el punto de vista cognitivo, es fundamental averiguar cómo es posible esa “transmisión de M”. El problema dista de ser sencillo porque hemos de contar con las peculiaridades universales de los procesos de transmisión de información (utilizando este término en el sentido científico general, no en el de “información lingüística”). Siempre que una fuente emite una información a un receptor se producirá necesariamente una pérdida, de manera que a R llegará sólo una parte de la información emitida. En la comunicación lingüística, el proceso se complica porque no existe un solo proceso de transmisión de información, tenemos: (1) la transmisión de los “contenidos mentales” (M) de P a forma lingüística (T); a continuación, (2) la transmisión de los elementos lingüísticos, y (3) la “traducción” de los elementos lingüísticos (T) en “contenidos mentales” (M), como se representa en la Figura 1:

FIGURA 1



En cada una de las etapas se pierde algo de información, de modo que hay pocas posibilidades de que el mensaje que llega a R sea idéntico al emitido por P:  $M_p \neq M_r$ . La desigualdad se produce, sin embargo, en cada una de las etapas, de modo que entre la transmisión y la recepción de T se producirá también una pérdida de información. Podemos indicarlo en la siguiente forma:

$$M_p > T_p > T_r > M_r$$

Esto es perfectamente conocido por la teoría de la información. La "solución" es el aumento de redundancia: proporcionar información suplementaria, no estrictamente necesaria, de forma que las pérdidas se compensen. En el lenguaje, la redundancia adopta multitud de formas, incluyendo los numerosos fenómenos de énfasis. Sin embargo, no parece que el simple aumento de redundancia sea suficiente para garantizar el éxito de la comunicación y, a la inversa, un mensaje con escasa redundancia puede tener muchas posibilidades de éxito. Nuestro texto (2), por ejemplo, tiene menor redundancia —en todos los sentidos— que (4); sin embargo, intuitivamente, vemos que las posibilidades de éxito de (2) son mucho mayores que las de (4).

El problema de la comunicación lingüística, en consecuencia, puede reformularse de la siguiente manera:

**¿Cómo podemos garantizar un grado suficiente de equivalencia entre  $M_p$  y  $M_r$ ?**

Para intentar hallar una (posible) respuesta es preciso considerar más detenidamente el proceso general de la comunicación, sus dificultades y posibles vías de solución.

## 2.

2.1. Hemos visto que el proceso de comunicación lingüística es semejante al de cualquier transmisión de información, donde hemos de tomar este término en el sentido más general de “relación entre una fuente y un receptor”. Puede tratarse tanto del envío de calor por una fuente calorífica como de la influencia que ejerce la fuerza de la gravedad sobre un objeto, la alarma que un depredador provoca en una posible presa o, inversamente, la “atracción” que aquél siente por la presencia de ésta. Es decir, podemos hablar de “transmisión de información” siempre que tengamos un *sistema* que se relaciona con otro. Todo sistema que se relaciona con otro u otros se denomina *sistema abierto*.

Resulta conveniente y factible, para estudiar el aspecto del texto que aquí nos interesa, pasar de la “transmisión de información” en sentido estricto a la idea de “relación entre sistemas”, pues aquélla no es sino una forma particular que ésta puede adoptar.

2.2. Una analogía útil para el estudio del lenguaje puede encontrarse en la ecología. En Bernárdez (1982: 238 ss.) se hace referencia a la lingüística del texto como «‘ecología’ de la lingüística», punto de vista desarrollado con mucha más amplitud y, en un marco más general, en obras recientes como Trampe (1990). En todo caso, la analogía puede establecerse sobre la base de la consideración del lenguaje como *sistema complejo, dinámico y abierto*. *Complejo*, porque está formado por la interacción de numerosos subsistemas (que a su vez son, en su mayoría, dinámicos y abiertos). En el lenguaje no se trata solamente de los “(sub)sistemas gramaticales” (morfología, sintaxis, pragmática, etc.), sino que abarca también al lenguaje “como herramienta” para conseguir algo, “como medio de cooperación social”, etc. *Dinámico*, porque el factor “tiempo” es fundamental: tanto la producción como la recepción del texto tienen lugar en el tiempo y desde el “estado mental” de P hasta el “estado mental” de R no se produce solamente una codificación/descodificación atemporal, sino una serie de procesos sucesivos, esto es, temporales, y que pueden irse modificando cronológicamente. *Abierto*, porque la comunicación lingüística depende siempre de factores externos: como es sabido, la estructura de un texto no depende solamente de la gramática de la lengua sino también, y fundamentalmente, de las características del productor, el receptor, el medio, la situación comunicativa, etc.

Los sistemas ecológicos son también complejos, dinámicos y abiertos, y muchos de los problemas epistemológicos y metodológicos que plantea su estudio son semejantes a los que ofrece una lingüística (del texto) como la



propugnada aquí. De ahí que sea útil recordar algunas ideas básicas de la ecología.

Tomemos un sistema ecológico en el que conviven zorros y conejos, que podemos entender como “sistemas”. Naturalmente que habrá muchos más sistemas en interacción, pero de momento nos interesa solamente lo que sucede con las poblaciones de ambos animales. Estas se encuentran en interacción, con lo cual existirá una interdependencia entre ellas. Existirá un *nivel de equilibrio* entre las poblaciones de conejos y zorros cuando el número de unos y otros permanezca con pocas variaciones. Hablaremos, entonces, de población óptima de conejos y población óptima de zorros. Donde “óptimo” quiere decir algo así como “el número que permite que la población de la segunda especie se mantenga en un número que permita el mantenimiento de la población de la primera especie”. Esto es, “óptimo” no tiene un sentido absoluto sino relativo, en función de la otra especie. Puede ser conveniente que la mortalidad de gazapos por la acción de los zorros sea muy alta, y esa mortalidad será decisiva en el mantenimiento del nivel óptimo de población de conejos, aunque la tendencia “natural” podría entenderse como el crecimiento exponencial hasta ocupar todo el nicho. Igualmente, la población óptima de zorros puede “necesitar” una mortalidad elevada de las crías por causas naturales, pues si hay demasiados zorros y el número de conejos se mantiene estable, llegará un momento en que faltará el alimento y los zorros morirán.

La población de cada una de las especies crece de distinta forma en un sistema abierto y en uno cerrado, digamos “en condiciones de laboratorio”. Es perfectamente factible calcular el crecimiento de población en estas condiciones, pues dependerá solamente de la fertilidad media, del número de hembras, la vida media y la mortalidad natural. En el sistema real, sin embargo, como hemos visto, esto no será suficiente, pues habremos de contar con la influencia de la otra especie y con las condiciones del entorno: un brote de mixomatosis reducirá también en último término la población de zorros; el exceso de zorros llevará a una disminución del número de conejos y, en consecuencia, también del de zorros. Una sequía que produzca una drástica reducción del sotobosque hará más difícil la caza y, en consecuencia, disminuirá el número de zorros y aumentará el de conejos; pero, entonces, la abundancia de éstos compensará la inexistencia del sotobosque, lo que hará aumentar el número de zorros.

Decimos que el sistema se *autorregula* en busca de la proporción más adecuada de conejos y zorros para unas determinadas condiciones del entorno. Esta idea de *autorregulación* resulta fundamental para el estudio de todos los sistemas abiertos, desde la termodinámica a la sociología, y se cuenta ya con herramientas suficientes para su consideración científica: desde la teoría de sistemas dinámicos (cf. Aracil 1986<sup>3</sup>), la teoría general de

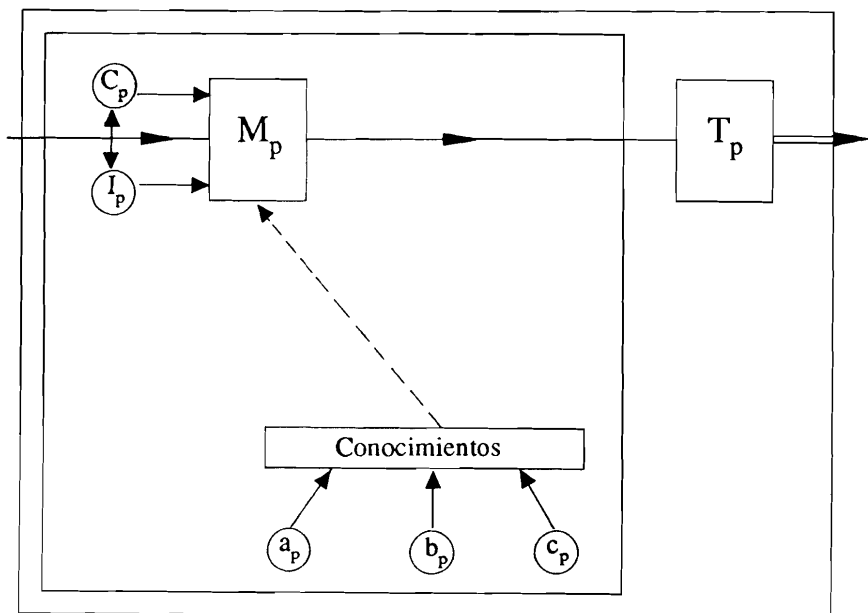
sistemas y la sinérgica (Haken 1977) a la teoría matemática de las catástrofes (cf. Thom 1977) y la termodinámica de los sistemas alejados del equilibrio (cf. Prigogine & Stengers 1986<sup>2</sup>). Varias de estas disciplinas han encontrado ya su utilización en el estudio del lenguaje: la teoría de las catástrofes ha encontrado aplicación en Wildgen & Mottron (1987), así como en otros muchos trabajos de Wolfgang Wildgen, entre los que cabe destacar (1987 y 1989) como aplicaciones al estudio del texto, y otros de Jean Petitot (1985), Per Aage Brandt (1992) y el mismo René Thom. En este trabajo se emplean algunos conceptos fundamentales de dicha teoría. La termodinámica alejada del equilibrio, debida al físico belga Ilya Prigogine, ha accedido a los estudios literarios en los trabajos de Juana Guerra (1992) y N.K. Hayles (1990 y ed. 1991), entre otros, mientras Criado de Val (1992) y Wildgen & Mottron (1987) presentan algunas ideas de su aplicación a la lingüística. Rickheit (ed. 1991) ofrece un enfoque muy próximo al adoptado aquí y basado en la teoría general de sistemas y la termodinámica.

2.3. Algunos de los conceptos utilizados en nuestro ejemplo de la ecología son fácilmente interpretables en lingüística. Así, la diferencia entre crecimiento de la población en condiciones de laboratorio y crecimiento en condiciones reales encuentra una analogía bastante precisa en la distinción entre estructuras sintácticas (oracionales) y estructuras textuales: en forma aislada del contexto, *i.e.*, del uso concreto del lenguaje, las estructuras sintácticas resultan descriptibles de manera relativamente simple; una oración tendrá una estructura estable y permanente (atemporal) equivalente al crecimiento de la población sin influencia del entorno; dependerá sólo de factores internos, que son los que se intentan descubrir en los modelos sintácticos existentes, por ejemplo, el representado por la gramática generativa. Podemos hablar entonces de *sistema cerrado*, porque no recibe influencia externa; **su dinámica depende solamente de sí mismo**. El texto, en cambio, no es descriptible en forma de patrones estructurales como consecuencia de la influencia contextual, esto es, de su relación con otros sistemas. El estudio lingüístico textual, así como el lingüístico-cognitivo (cf. Langacker 1987) del que aquél formaría parte, representa una aproximación a la "realidad", frente al "lenguaje de laboratorio" de los modelos lingüísticos formales. Además, será ineludible tener en cuenta el factor temporal, pues todo texto se desarrolla en el tiempo, tanto en su producción como en su recepción. El texto, como el crecimiento de la población en una situación *real*, dependerá de otros factores y, en consecuencia, podemos hablar de *sistema abierto*. Por definición, los sistemas abiertos –a diferencia de los cerrados– son, como ya hemos visto, imposibles de predecir o describir de forma totalmente precisa, algo que ha provocado un gran re-

vuelo en la teoría de la ciencia (cf. Prigogine & Stengers 1986<sup>2</sup>; Wagensberg 1989<sup>2</sup>; Bernández (en preparación); De Beaugrande 1981), considera algunos problemas metodológicos y epistemológicos en un sentido no muy alejado del ofrecido aquí.

Podemos entender los procesos de producción y recepción del T como sistemas abiertos, pues ambos están influidos por el contexto general y también por el otro participante (o los otros participantes) o, más exactamente, por los otros procesos de producción o recepción. Esto es, el proceso de producción del texto, designémoslo por  $\pi_t$ , depende fundamentalmente de factores *internos* y *externos*. Los internos definen la dinámica propia de  $\pi_t$  y pueden ser, entre otros: (a) el conocimiento del mundo que posee P; (b) el conocimiento de estrategias comunicativas de P; (c) el conocimiento lingüístico de P; (d) el contenido del mensaje que P desea transmitir, designado  $C_p$ ; (e) la intención de P al transmitir  $C_p$ , designada  $I_p$ . Podemos llamar a  $C_p + I_p$  el mensaje completo,  $M_p$ . Gráficamente, podemos representar el sistema interno de P como en la Figura 2:

FIGURA 2. Esquema del sistema interno de producción del texto

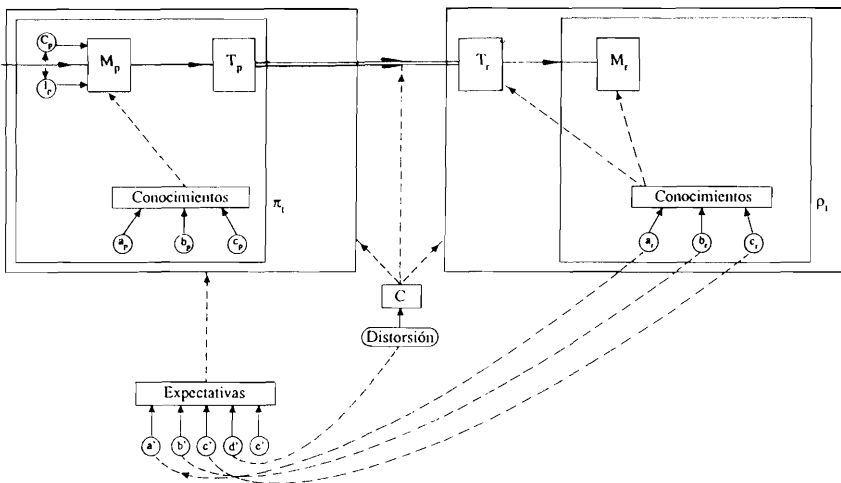


$C_p$  : contenido del mensaje  $M_p$   
 $I_p$  : intención del mensaje  $M_p$   
 $a_p, b_p, c_p$ : son los valores indicados en el texto

Los *factores externos* representan las influencias ejercidas sobre  $\pi_t$  por el sistema-Contexto y el sistema-Receptor: (a') expectativas de P acerca del conocimiento del mundo de R; (b') expectativas de P acerca del conocimiento de estrategias comunicativas por R; (c') expectativas de P acerca del conocimiento lingüístico de R; (d') expectativas de P acerca de la distorsión de su mensaje  $M_p$  por el contexto, el medio, etc.; (e') expectativas de P acerca de la capacidad de R para salvar las distorsiones producidas por el contexto, etc.

Del mismo modo, podemos definir los factores internos y externos del proceso de recepción del texto,  $\rho_t$ . Siguiendo el modelo de la Figura 2, en la Figura 3 se presenta una aproximación al sistema o proceso completo de producción y recepción del texto,  $\pi_t \rightarrow \rho_t$ :

FIGURA 3. Esquema del sistema de producción y recepción del texto



Véanse el texto y la Figura 2 para clave de abreviaturas.

Este complejo proceso de producción  $\rightarrow$  recepción sufre, además, como vimos en 1.3., una pérdida: al crear P un texto T desea comunicar un mensaje M a un receptor R. Este percibe un texto T que no es idéntico al emitido por P como consecuencia de las interferencias en el proceso de transmisión y percepción, de modo que es conveniente considerar "dos textos" diferentes:  $T_p$  será el producido por P;  $T_r$  es el percibido por R, quien recupera un mensaje  $M_r$ , que, en virtud de todo lo expuesto, será dife-

rente a  $M_p$ , el mensaje que P quería transmitir. El conjunto del proceso sufre un “debilitamiento progresivo” por disipación, o pérdida de información, que repito aquí:

$$M_p > T_p > T_r > M_r$$

Este proceso está combinado con otro de aumento y disminución de precisión:  $M_p$  y  $M_r$  son habitualmente precisos: P “sabe lo que quiere decir” aunque no sepa bien “cómo decirlo”, y R llega a una idea habitualmente precisa del significado del texto (de “su” texto  $T_r$ ), aunque no coincida con “lo que P quería decir” (cf. De Beaugrande 1991). En cambio, T es impreciso porque el lenguaje lo es necesariamente, ya que depende de una categorización generalizadora de la realidad que va más allá de la generalización efectuada por la percepción y la cognición humanas.

El “problema de la comunicación lingüística” consiste, como vimos más arriba (1.2.), en **cómo puede saber P que su texto garantiza, en la medida de lo posible, que R comprenderá M a partir de T**. Podemos entender la *coherencia*, en el marco en que estamos trabajando, en términos de *forma óptima* que habrá de adoptar el texto  $T_p$  para solucionar ese problema.

2.4. Un enfoque similar al aquí presentado es el que ofrecen Schade *et al.* (1991), que sirve de introducción y marco general a los estudios parciales incluidos en Rickheit (ed. 1991). Partiendo de la consideración de la dinámica del sistema lingüístico, definen la *regulación* como característica de gran importancia:

Eine Regelung ist ein spezieller Prozess in zwei oder mehr Systemen, die interagieren. Bei der Regelung kann ausgehend von einem *Ist-Zustand* ein *Soll-Zustand*, der durch ein oder mehrere Systeme vorgegeben wird, erreicht und gehalten werden (p. 25). [Una regulación es un proceso especial en dos o más sistemas que interactúan. En la regulación, partiendo de un *Ist-Zustand* se puede alcanzar y mantener un *Soll-Zustand*, que se pretende a través de uno o más sistemas]\*.

Ese *Soll-Zustand*, el estado al que tiende un sistema dinámico abierto, es el que encontramos más arriba como “población óptima”, en nuestro ejemplo de conejos y zorros. Es un estado que permite el mantenimiento con pocos cambios, por lo que podemos llamar a ese estado-finalidad “estado estable”. En el texto sería, repitiendo todo lo expuesto, el estado que dé pie a la existencia de menos diferencias entre lo emitido y lo comprendido, *i.e.*, entre  $M_p$  y  $M_r$ . Schade *et al.* lo exponen de la siguiente forma:

\* Traducción de los editores.

Eine erste gute Annäherung an den Begriff der Kohärenz gewinnt man, wenn man annimmt, dass ein System genau dann kohärent ist, wenn es einen stabilen Zustand erreicht (1991: 27). [Se logra una buena primera aproximación al concepto de coherencia, cuando se admite que un sistema es precisamente coherente cuando alcanza un estado estable].

Con todo lo visto hasta aquí, podemos entender el proceso de comunicación lingüística y, en consecuencia, la coherencia textual, en la siguiente forma:

El productor P desea transmitir al receptor R un mensaje  $M_p$  (formado por un contenido  $C_p$  y una intención  $I_p$ ) en un contexto C a través de un texto  $T_p$ .  $T_p$  será coherente para R en el contexto C cuando represente un estado estable (u óptimo). Como  $T_p$  es producido habitualmente por P sin cooperación activa de R (a diferencia de algunos tipos de interacción conversacional), el sistema (conjunto de procesos)  $\pi_t$  deberá alcanzar ese estado óptimo (= texto coherente) “por sus propios medios”, *i.e.*, mediante un proceso de *autorregulación*.  $\rho_t$ , el sistema (conjunto de procesos) de recepción del texto opera de forma similar, tendiendo al estado óptimo de un  $M_r$  que, en el contexto C y teniendo en cuenta las características de P (conocidas, inferidas, supuestas, etc., por R) resulte suficientemente preciso y unitario (= coherente).

Vemos que la coherencia **se encuentra en varios niveles**: (a) el nivel de  $M_p$ ; (b) el de  $T_p$ ; (c) el de  $M_r$ . Vemos también que la coherencia es **productiva** en el transcurso de  $\pi_t$  y de  $\rho_t$ , no es algo “que esté ahí” más que secundariamente; que, además, es **variable** según las variaciones del contexto C (incluyendo los participantes, etc.), *i.e.*, que depende de las “condiciones iniciales”; que en el conjunto del sistema de comunicación, entendido como conjunto de subsistemas integrados por procesos,  $\{\pi_t \rightarrow T \rightarrow \rho_t\}$ , T ocupa una posición **mediadora**.

Existen, en resumen, tres niveles de *autorregulación* que se pueden entender como “producción de coherencia”: el de cada uno de los (sub)sistemas que participan en la comunicación, y el del sistema global de comunicación entendido, en los términos vistos más arriba, como sistema complejo formado por la interacción de dos subsistemas (producción  $\pi_t$  y recepción  $\rho_t$ ). El hecho de que un texto sea coherente para su productor es fruto de  $\pi_t$ ; el que lo sea para el receptor se debe a  $\rho_t$ ; la *coherencia del texto* propiamente dicha es el estado estable resultante de las coherencias parciales obtenidas en  $\pi_t + \rho_t$ .

La coherencia textual se puede comprender de este modo como fruto del conjunto de procesos realizados por los participantes en la comunicación y no como una característica “inherente al texto” (como producto u objeto lingüístico). *Cohesión-s* y *cohesión- $\sigma$*  serán formas “superficiales”, por tanto, de esa *coherencia*, semejantes a las cifras concretas que puedan

ejemplificar la población de conejos y zorros en cada sistema ecológico concreto. Esto desdibuja la frontera entre ambas formas de cohesión, lo que está perfectamente de acuerdo con la visión del “espacio semántico” en una gramática cognitiva como la de Ronald W. Langacker (1987), a la que podrían añadirse ejemplos de otros modelos cognitivistas; y, desde luego, también con la intuición y con los problemas que surgen al intentar estudiar separadamente ambas formas de cohesión. Porque las relaciones semánticas que se establecen entre elementos léxicos son, en cierto modo, cohesión- $s$ , pero al remitir a relaciones entre referentes pueden entenderse también como cohesión- $\sigma$ . Es el mismo problema de conocimiento “lingüístico” frente a conocimiento “enciclopédico” que ha preocupado durante decenios a la semántica. El enfoque que adopto aquí, similar al de Langacker, y que tiene muchas similitudes con los enfoques catastrofistas de los sistemas semióticos (cf. Petitot-Cocorda 1985; Brand 1992), considera este problema como inexistente: lo que existe es un *continuo* desde el conocimiento “estrictamente lingüístico” al conocimiento del mundo, muy relacionado con el mayor o menor grado de apertura de cada (sub)sistema. Incluso más allá, pues la realidad extralingüística tiene un reflejo en el texto (aunque, obviamente, mediado por la cognición y la categorización), por ejemplo, en su *iconicidad* (cf. Bernárdez (en prensa)).

En la termodinámica de los sistemas alejados del equilibrio se estudian estos procesos de autorregulación desde una perspectiva muy semejante. La siguiente cita de Jorge Wagensberg (1989<sup>2</sup>: 135 s.) pone de manifiesto la relación entre la perspectiva termodinámica y lo que hemos estado viendo hasta ahora. En el lenguaje, podríamos hablar también de un continuo entre adaptación y “orden por fluctuaciones”, desde las formas más simples del sistema lingüístico al más complejo (cf. Guerra 1992):

De la termodinámica de los procesos irreversibles interesan dos conceptos sobre el cambio de sistemas abiertos: la adaptación y la autoorganización. La adaptación es el proceso por el cual un sistema se somete a las condiciones que el ambiente impone en sus fronteras. El sistema se organiza internamente para ser compatible con el exterior. La solución es única y predecible. El estado adquirido por adaptación se llama estacionario, pues es constante en el tiempo mientras lo sean las condiciones de contorno. Mantener tales estados requiere un plácido y constante intercambio con el resto del mundo. (...). Pero este proceso no puede prolongarse indefinidamente, pues la imposición de condiciones cada vez más violentas (lo que requiere estados cada vez más alejados del equilibrio termodinámico) provoca el advenimiento de la catástrofe, es el fin de la capacidad de adaptación. Es la transición a un nuevo estado de la materia. Es la autoorganización. Mediante este proceso, el sistema se organiza internamente rebelándose contra las condiciones de contorno,

en estructuras que dependen del espacio y del tiempo. La solución pierde unicidad, la predicción se compromete y ya no existen leyes de evolución.

No existe, pues, la “coherencia del texto” en cuanto característica del texto mismo visible en los enlaces entre oraciones, sus contenidos, etc., sino como característica que aparece en varias fases del proceso comunicativo global. Naturalmente, a la lingüística le interesa la coherencia *tal como se refleja en T*, no la coherencia “mental” que ha de existir en  $M_p (= C_p + I_p)$  y  $M_r (= C_r + I_r)$ , que son objeto de la psicología cognitiva.

### 3.

3.1. Hasta ahora hemos operado con conceptos de carácter teórico general, pero existe una larga distancia desde ellos hasta la explicación de por qué un texto es *más o menos coherente*. “Más o menos”, porque, a la vista de lo expuesto, un texto no puede ser o no ser coherente sin más. Nos encontramos necesariamente con un continuo, como sucede en todo sistema autorregulado o autoorganizado. ¿Cuál es la población ideal de conejos y zorros? No tiene sentido siquiera plantear cifras concretas, porque las poblaciones óptimas dependerán de factores contextuales diferentes de un caso a otro. Lo más que podemos hacer es establecer una relación entre ambas poblaciones, así como la tendencia general de desarrollo temporal en función de la variación de los factores ambientales. De ahí que la dinámica de poblaciones y, en particular, la dinámica general de los sistemas ecológicos deba describirse en forma *cuantitativa*. Aplicando esto al lenguaje, deberíamos ir a una sustitución de los métodos matemáticos utilizados tradicionalmente por modelizaciones diferenciales y topológicas (cf. Castriano & Hayes (1993: 51 ss.) sobre la interpretación catastrofista de la dinámica de poblaciones en sistemas ecológicos; Thom (1982) sobre la dialéctica cuantitativo/cualitativo, con referencias explícitas al lenguaje).

En el texto sucede lo mismo que en los sistemas ecológicos: no es posible decir que un texto será coherente si reúne las condiciones *a, b, c, ..., n*, de manera absoluta y en forma independiente del contexto concreto en el que se ha producido. Podremos establecer, en forma también *cuantitativa*, las relaciones entre los subsistemas ( $\pi_p - \rho_r$ ) de forma que el aumento de las variables de uno –habitualmente no cuantificable, pero cf. las observaciones de Petitot-Cocorda (1985) y Wildgen & Mottron (1987) sobre los sistemas fonológicos– lleve consigo una variación en el otro. En Bernárdez (1992; en prensa) se ofrece una aproximación al cambio histórico de orden de palabras desde esta misma perspectiva.

















